

ARGENTINA 2050

Eduardo Sartelli

**ARGENTINA
2050**

Una Vía Socialista posible

Ediciones *r/r*

Sartelli, Eduardo

Argentina 2050 : una Vía Socialista posible / Eduardo Sartelli. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : RyR, 2022.

160 p. ; 21,5 x 15,5 cm.

ISBN 978-987-4412-39-3

1. Argentina. 2. Economía. 3. Socialismo. I. Título.
CDD 306.345

Ediciones ryr, 2022, Buenos Aires, Argentina
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Printed in Argentina - Impreso en Argentina

Se terminó de imprimir en Monteagudo 741, Villa Lynch, Buenos Aires,
Argentina.

Primera edición: Ediciones ryr, Buenos Aires, mayo de 2022.

Responsable editorial: Gonzalo Sanz Cerbino.

Diseño de tapa: Luciano Martín y Luciano Cubilla.

Diseño de interior: Gonzalo Sanz Cerbino.

www.razonyrevolucion.org.ar

www.edicionesryr.org.ar

editorial@razonyrevolucion.org.ar

El mundo no se prepara, al menos por ahora, para la revolución socialista mundial, incluso a pesar de que el capitalismo no está, precisamente, en su mejor momento. Si bien no estamos en un momento en que la ideología burguesa se pasee rampante por el mundo, como podrían ser los años '90 del siglo pasado, está claro que el socialismo es, todavía, una perspectiva que no paga buenos dividendos. De hecho, asistimos en los últimos 20 años a una serie de experiencias desastrosas (de las cuales el chavismo es, sin dudas, la peor) que se han hecho, o bien en nombre del socialismo, o bien coqueteando con él. Experiencias que, pretendieran tener vínculo con el socialismo o no, aparecen, a los ojos de las grandes masas como algo que, si no lo es, lo parece bastante. Sobre todo, a partir de la rabiosa propaganda conservadora, que se hace pasar por “libertaria”, según la cual todo es socialismo, desde Mao Tsé Tung a Horacio Rodríguez Larreta y Joe Biden. Tampoco asistimos a amplios procesos de rebelión obrera, capaces de alentar nuevas situaciones en las cuales lo que parecía imposible, se abre hacia el futuro. Por ahora, la única rebelión masiva es de tipo electoral y consiste en votar contra el que nos produce daño, siempre dentro del campo patronal. Dado que, en la Argentina, la patronal, sea cual sea su orientación política, no acierta a encontrar ninguna salida a la larga decadencia nacional, el voto de las masas se desplaza de una orientación burguesa a otra, solo para encontrar nuevas frustraciones.

Podríamos preguntarnos por qué esa “rebeldía” electoral no se manifiesta en relación a otras propuestas, no patronales. En particular, como voto a las opciones “de izquierda”, como el Frente de Izquierda y de Trabajadores Unidad (FITU). Una parte de la explicación se encuentra, indudablemente, en el poderoso clima anti-izquierdista en general y anti-estatista en particular. Pero otra, no menos importante, es la ausencia de una propuesta concreta de gobierno por parte de esa izquierda. Esa izquierda, mayoritariamente trotskista, supone que no se puede plantear un programa de gobierno en una situación como la actual, sin un proceso insurreccional en marcha, es decir, a través de una vía “electoral”. Tampoco, para un país individualmente considerado, en la medida en que se supone que, sin revolución mundial en marcha, no hay posibilidad alguna de construir una sociedad socialista “en un solo país”. Aún si dejamos de lado el que, además de esas taras, esta izquierda carece de un conocimiento serio del país en el que pretende llevar adelante una revolución, lo cierto es que los “programas” con los cuales el FITU se presenta a elecciones, no dejan de ser generalidades que suponen una emergencia. Sin ella, el “programa” se agota en lo inmediato. El resultado es sorprendente: se trata de alternativas que se presentan a elecciones para *no* ganar, porque si ganaran, no sabrían qué hacer. No se preparan para un escenario que, dada la crisis del sistema político argentino, podría estar a la vuelta de la esquina: gobernar sin revolución mundial en marcha y como producto de las urnas, en una Argentina capitalista, con su Estado burgués más o menos intacto. Es decir, como lo denominaremos más abajo, un momento “allendista”, parecido al que enfrentó, precisamente, Salvador Allende en el Chile de los años ’70. Se pueden hacer, desde una perspectiva revolucionaria “clásica”, numerosas objeciones a nuestro planteo, responderemos a ellas más abajo. Quede dicho que, la nuestra es una propuesta encuadrada en este momento y en esta circunstancia. Empecemos, entonces, por el principio, por la Argentina que queremos transformar.

Argentina, 2022

Hubo una vez un país que supo ser envidiable por buena parte del mundo. Ya sea por su fulgurante desarrollo económico, por la modernidad de su vida social o el alcance de sus logros culturales, la Argentina fue, alguna vez, un gran país. O, al menos, el comienzo de un gran país. Un país donde millones de seres humanos eligieron vivir, escapando de la miseria, de la opresión política, de la guerra, de todo aquello que soñaban resolver en una nueva tierra. Había datos que ilustraban esa imagen de un país potente, de crecimiento avasallante, que alentaban una cultura de la “superioridad” frente a los vecinos, a quienes se miraba “por encima del hombro”. Como nos muestran los Gráficos 1 y 2, hacia el Centenario, la Argentina era “apenas” la decimoséptima parte de los EE.UU. Si le parece poco, piense que, hoy, debiera dividir a los Estados Unidos por 54 para obtener una Argentina. La distancia en PBI per cápita era muy reducida en 1913: la economía nacional alcanzaba al 72% del PBI per cápita de la nación más avanzada del mundo. Hoy es apenas el 13%. Podríamos hacer comparaciones menos ambiciosas, pero el resultado sería más deprimente: en 1913, Argentina era un 20% más “grande” que México y un 40% más grande que Brasil, en PBI total. Per cápita, era más del doble del “país azteca” y cuatro veces y media mayor que Brasil. Ahora es casi la cuarta parte de Brasil (3,7 Argentinas=1 Brasil) y México es dos veces y media la Argentina. Si lo medimos “por cabeza”, nuestro país sigue siendo más “productivo” que Brasil, aunque la distancia se ha acercado violentamente, al punto que hoy nos separa un mezquino veintipor ciento. Mucho menos nos separa de México, cuyo PBI per cápita es casi el mismo que el nuestro.

Es claro como el agua clara, entonces, que la Argentina no fue siempre el desastre que es hoy. Sin embargo, un buen día, empezó a tropezar, primero, a caerse cada vez más seguido, después, hasta que llegó el momento en que, a la vista de la mayoría de la población, el presente nacional se transformó en una especie de desbarrique sin

fin. Podemos tomar muchos indicadores que muestran este proceso, pero es bien visible el proceso de degradación, que asume la forma de un serrucho, en el que cada paso en el proceso nos deja un escalón por debajo de la etapa anterior. No vamos a explayarnos demasiado en esto, habida cuenta de que lo haremos *in extenso* en otra parte y que lo que nos convoca aquí es una propuesta para *superar* la situación. Alcanza, para lo que queremos, con exponer un breve estado de situación para que se recuerde cuál es el punto del cual partimos y por qué la transformación que proponemos es necesaria y urgente.

Si observamos el Gráfico 3, por ejemplo, veremos que la evolución de la población se mantiene por debajo de la evolución de la ocupación, hasta más o menos la mitad del siglo XX, si exceptuamos los años de la crisis del '30. Pero a partir de los '50 la situación se invierte, lo que significa que nuestro país va a empezar a acumular una masa de población a la que será cada vez más difícil emplear. Y no se confunda con el brusco ascenso entre 2003 y 2018: lo que esa abrupta mejora está reflejando no es tanto la mejora en el empleo, que la hubo, por lo menos en relación a la gran crisis del 2001, sino la expansión del empleo estatal: la desocupación se esconde en el Estado. Esta degradación de las condiciones de empleo tiene sus consecuencias. Si vemos el Gráfico 4, la pobreza y la indigencia alcanzan altos niveles a comienzos de la “democracia”. Sacando el pico de la crisis, en 2002, ambas variables nunca bajan sustantivamente y, en realidad, tienden a subir. Y a subir desde un piso muy alto. Entre 3 y 4 argentinos, de cada 10, son pobres y eso está consolidado. En épocas de crisis aguda, la pobreza alcanza a más de la mitad, en la recuperación baja un poco, pero la película no se altera.

Con masas consolidadas en la pobreza y la indigencia, es lógico que todo se vea afectado por esa situación, que, al mismo tiempo que se profundiza, se naturaliza. Es decir, no solo se agranda el problema, sino que se hace costumbre: “siempre fue así”, “no tiene remedio”, “qué se le va a hacer”. De allí a “los negros son así, les gusta la miseria”, “la culpa es de ellos, les das un plan y se lo gastan en merca”, “se

embarazan a propósito para vivir de subsidios”, “no quieren trabajar”, hay un solo paso. Esa violencia simbólica, racista, es el correlato de una violencia más profunda, la violencia clasista. Una violencia que, por ejemplo, brota en la denegación del derecho a una verdadera educación para los hijos de la clase obrera. Si vemos los gráficos 5 y 6, la situación de la educación en la Argentina se explica fácilmente. Por un lado, los resultados en las Pruebas PISA, por limitaciones que puedan tener tales instrumentos, son evidentes, sobre todo, para quienes hemos sido docentes toda la vida: nuestro país, que supo ser un faro de cultura del mundo de habla castellana, está hoy por debajo de todos los países importantes de América Latina en habilidades elementales en Lengua y Matemáticas. Se encuentra incluso por debajo del promedio latinoamericano y a años luz del promedio de los países de la OCDE. La degradación general de la existencia de la clase obrera argentina no solo explica esto en forma directa, sino también a través de la degradación de la existencia de los propios maestros, que ganan hoy la mitad que hace más de 100 años y un tercio de lo que ganaban en la década de 1930.

Niños de padres sin trabajo o con empleo precario, pobres y aún indigentes, los argentinitos que fracasan en la escuela degradada, son también niños sin vivienda. El Gráfico 7 muestra el alarmante crecimiento del déficit habitacional en nuestro país, que pasa de 2,6 millones de viviendas a 3,8 en apenas veinte años. Más alarmante es que, después de la “década ganada”, ese déficit no solo no cayó, sino que aumentó. Es decir, que la situación actual obedece a una tendencia muy profunda, que no es muy difícil de imaginar: una población que se empobrece, obviamente, manifiesta esa pobreza en la incapacidad para alcanzar un techo donde vivir.

La salud de la población argentina también se degrada. Los turnos se alargan, las prestaciones son cada vez más mezquinas, las instalaciones son cada vez peores, los salarios del personal médico y paramédico andan por el piso. Se sabe que las remuneraciones del sector salud en la Argentina están entre las peores del mundo. Todo eso a

pesar de que el porcentaje del gasto destinado al tema no es despreciable. Lo que nos está hablando de la enorme magnitud de las carencias de la población, pero también de la ineficiencia y la corrupción. Párrafo aparte merece la situación del PAMI y la asistencia sanitaria a los jubilados y pensionados, donde los médicos de cabecera desaparecen y renuncian por falta de pago, dejando el tendal de viejos desguarnecidos. Todo el que puede huir del sistema público, desde pacientes hasta médicos y enfermeros, lo hace, para recalar en obras sociales (en un estado calamitoso, la mayoría) o medicina prepaga los primeros, o al exterior del país los últimos. Si no fuera por la migración, hacia la Argentina, de profesionales provenientes de Perú, Bolivia o Venezuela, estaríamos en serios problemas. En España ya existe una asociación de profesionales de la salud argentinos, destinada a orientar a los emigrados. Lo mismo pasa con las enfermeras. Esta tendencia es común a otras ramas de la economía. La expulsión de población de la Argentina ya alcanza cifras millonarias y se trata, por lo general, de mano de obra calificada. Para 2012, ya casi un millón de argentinos vivían fuera del país, a los que habría que sumar sus hijos, es decir, casi dos millones más.

¿Qué tipo de sociedad da esta transformación de la Argentina? Indudablemente, una con un grado de violencia muy elevada, con la expansión de la droga, de la prostitución y la trata de personas, sin servicio de salud, con jubilaciones que son apenas subsidios a la desocupación, etc., etc. Insistimos, no nos interesa una descripción amplia y precisa, que el lector no necesita, simplemente porque la vive. Lo que tal vez no es tan claro, sobre todo si quien está leyendo ahora tiene menos de treinta años, es que este proceso viene profundizándose desde hace mucho tiempo y que el fenómeno que va caracterizando al talante de los argentinos es el *acostumbramiento*. A medida que pasa el tiempo, nos vamos acostumbrando a esta degradación. En los años '80, no era común, en el Conurbano bonaerense, que las casas tuvieran altas rejas. En realidad, lo que caracterizaba a la vivienda del obrero más o menos calificado, o a la del que había

optado por construirla él mismo, era el paredoncito bajo, con dos o tres pilares unidos por un tirante de madera a modo de decoración. Podía ser también un caño, pintado de diversos colores o hecho con ladrillos más o menos artísticos. Lo cierto es que bastaba un mínimo de agilidad para levantar la pierna y saltar la “verja”. El acceso al interior era virtualmente libre y uno podía llegar hasta el fondo del terreno sin que ningún obstáculo lo detuviera, salvo algún perro más o menos amenazador. Hoy es difícil encontrar una casa que no tenga rejas de menos de dos metros de altura, con puntas múltiples y punzantes, candados varios, alarma, antepuertas de hierro, etc. Y no faltan los alambres de púa estilo campo de concentración, la alarma vecinal y hasta el cerco eléctrico. ¿Cuándo fue que los argentinos nos acostumbramos a esto? ¿A vivir cada vez peor? ¿A vivir tras las rejas?

Un experimento sencillo ilustra acerca de las consecuencias del *acostumbramiento*: si tomamos un recipiente con agua, la hacemos hervir y tiramos una rana en su interior, el pobre animalito tocará el líquido hirviente y saltará casi inmediatamente. Se quemará un poco, pero salvará su vida. Pero si metemos la rana cuando el agua está fría y la vamos calentando lentamente, el batracio se irá adaptando a la temperatura creciente y lo hará con tanta eficiencia que estará allí todavía cuando rompa el hervor. En ese momento, obviamente, será tarde. La Argentina corre el riesgo de sufrir la suerte de la segunda rana si no rompe con la perniciosa, demencial y suicida actitud del *acostumbramiento*. Es necesario tomar una decisión y terminar con más de medio siglo de decadencia y degradación. Para que se entienda mejor la propuesta que hacemos, es útil repasar, aunque sea en forma limitada, la naturaleza de la “enfermedad” argentina. Quedará entonces más claro por qué los argentinos se decantan, prefieren, aceptan el *acostumbramiento* y por qué no se animan a romperlo. Quedará más claro también, por qué es imposible seguir mucho tiempo más por ese camino.

Primera parte

1.

La enfermedad argentina

En la bibliografía sobre el desarrollo económico existe un problema que tiene como ejemplo a nuestro país. De alguna manera, el “enigma argentino” es un tema en sí mismo: cómo un país que tuvo un despegue tan prometedor, que tiene tantos y tan variados recursos naturales y humanos, que no alberga conflictos que han atravesado a otras sociedades (raciales, étnicos, culturales, etc.), cómo, en resumen, un país así, ha fracasado de un modo tan estrepitoso.

En efecto, se lo mire por donde se lo mire, la Argentina es un fracaso histórico. La pregunta es por qué. Está claro que hay muchas respuestas, que no examinaremos aquí, pero que vale la pena descartar de entrada: “los argentinos no quieren trabajar”; “aquí no trabaja el que no quiere”; “la grieta impide tener políticas de Estado”; “la Argentina perdió la cultura del trabajo”; “el Estado no deja desarrollar a la economía privada”; “el capital extranjero y los bancos se la fugan toda”; “la corrupción política”; “la educación no es lo suficientemente valorada”; “no hay mano de obra calificada”; etc., etc. Algunas hay que descartarlas simplemente porque no son ciertas. La idea de que un padre o una madre no tienen problema alguno en ver morir de hambre a sus hijos, teniendo trabajo a mano, suena, como mínimo, entre disparatada e insultante. No por casualidad, para sostener esta pavada, se suele apelar al racismo y al clasismo más vulgar (“los negros son así”; “tienen hijos como conejos, aunque no los pueden alimentar”). La forma más sencilla de refutarla es recordar

con qué facilidad se vacía la desocupación cuando crece la actividad económica. Si la oferta de trabajo resultara inelástica en relación a la demanda de trabajo (si se ofreciera trabajo y nadie lo tomara) vaya y pase. Pero eso no es lo que realmente sucede. Otras, se deben descartar porque no son falsas, pero están presentes en todos lados, la corrupción política, por ejemplo. China es un ejemplo de que tal cosa no limita, en modo alguno, el crecimiento económico. Otras, porque son consecuencia y no causa: la educación no puede crear habilidades para trabajos que no existen. El Estado puede tener un peso mayor o menor en la economía, pero pueden citarse casos de economías más “liberales” o más “estatistas” que han desplegado dinámicas económicas muy notables: la comparación entre las políticas económicas dominantes en el momento del “despegue” del capitalismo inglés y del momento correspondiente al Japón, son ejemplos muy conocidos. El “peso” o la “intervención” del Estado no son importantes a la hora de hablar de economía. El problema es más bien quién maneja el Estado, cómo y para qué.

Los problemas de la economía argentina son, a la vez, más simples y más complejos que estos “argumentos”. Para sintetizar, la Argentina es un competidor mediocre. En una economía capitalista, el núcleo de la supervivencia, sea cuál sea la escala de los participantes (países, empresas o individuos), es la capacidad para desplazar a otros. Dicho de otro modo, la competencia. El mercado capitalista es un dictador democrático: el que llega con los mejores precios, sobrevive, se expande, desplaza a otros. El que no, se funde. Seguramente, más de un lector estará pensando que eso no es así, que el mercado está lleno de trampas, lo cual es cierto. Pero a largo plazo y en general, el asunto funciona así.

Si la competencia es el mecanismo dominante, el instrumento central de esa competencia es la productividad del trabajo. En tanto las mercancías se intercambian a partir de su valor en trabajo, es decir, la cantidad de trabajo incorporado, el que llega al mercado con un menor valor incorporado (que se va a reflejar en un menor precio),

gana. Explico esto con mucho detalle en *La Cajita Infeliz*. En criollo: el que hace lo mismo con menor cantidad de trabajo, gana. Ahora bien, ¿cómo se obtiene ese resultado? Una forma es buscar métodos ingeniosos para hacer más fácilmente las cosas, por ejemplo, cuando hacemos un pasamanos para subir cosas en un camión. Es mucho más sencillo que sólo transiten por las manos los objetos, que cada uno tenga que ir y venir de la pila al camión. Pero estos cambios organizacionales, por buenos que sean, nunca son tan efectivos como la mecanización de los procesos, es decir, la aparición de la tecnología. Con dos personas y una cinta transportadora se hace lo mismo que con diez, parados uno a la distancia de un brazo del otro. Basta darse cuenta de la cantidad de salarios que se ahorran, para entender por qué las cintas transportadoras son tan populares en todo el mundo, casi para cualquier cosa que se haga.

Más compleja o más simple, la gran diferencia competitiva se logra con la tecnología. O lo que es lo mismo, con la “calidad” del capital puesto en juego. De allí que los países más tecnológicos son los que poseen mayor proporción de mercado. Alguien me dirá que esto no es así y que se puede hacer “trampa”, por ejemplo, con subsidios, trabas arancelarias, etc. Sí, es cierto, pero todas esas “trampas” se pagan: un país que tiene que subsidiar a sus empresas, tiene que restar recursos de otros sectores, lo que quiere decir que la economía en su conjunto pierde competitividad y, por lo tanto, no se puede mantener, ni a gran escala ni a largo plazo.

¿Por qué nos importa esto? Porque aquellos países que nacen “chicos” y “tardíos” tienen una fuerte desventaja frente a los primeros, que rápidamente alcanzan economías de escala que aumentan la productividad del trabajo. Cuando digo “chico” no aludo, claramente, a una cuestión geográfica o poblacional: Japón es apenas más chico que China y más grande que la India, que Canadá y Rusia, a pesar de que, geográficamente, entra en la Mesopotamia argentina y poblacionalmente es superado por los gigantes asiáticos en una proporción de uno a diez. La Argentina es chica porque su capital, ya sea nacional o